

La princesa de la medicina

Por Kira Médicis.

Ésta es la historia una joven y agraciada Princesa que era infeliz. Ésta era, probablemente, la única persona joven del reino, y se aburría mucho. Se aburría de tener que soportar ser una princesa “rosada” y de no poder bailar o escuchar otra cosa que no fuera el vals. A ella le hubiera gustado vestirse con una minifalda (de color verde flúo) y salir a bailar rock. Además, tenía un deseo secreto: ser doctora. Estudiaba medicina por correspondencia y a escondidas en la biblioteca del palacio, imaginando que curaba las más extrañas enfermedades del mundo. Pero, lamentablemente, ella era la única de aquel aburrido reino que deseaba eso. Todos la preferían de vestido largo y sonrisa boba, usando esa molesta y ridícula corona de oro todo el día, sin ser de utilidad para nada ni nadie.

Sin embargo, un día en el que ella caminaba por los aburridos jardines del palacio, un mensajero llegó galopando en su soso caballo y gritando a voz de cuello: ¡Una pandemia! ¡Una pandemia! ¡Nos ataca un enemigo invisible!

El mensajero desmontó y corrió hacia el palacio. La Princesa, intrigada, lo siguió hasta que llegaron a la Oficina Real, donde el Rey se hallaba haciendo cuentas con sus matemáticos particulares, rodeado de boletas de luz y de gas.

-¡Majestad! -gritó el mensajero- Traigo noticias terribles... Una pandemia nos ataca, debemos protegernos...

-¿Una pandemia? - se extrañó el Rey- ¿Qué es eso?

-Es difícil de explicar, su Alteza -comenzó el mensajero- pero lo intentaré. Una pandemia es una enfermedad que se extiende por todo el mundo ¿comprende usted? -el Rey asintió con la cabeza, intentando procesar lo que acababa de decir el mensajero- De modo que si no nos protegemos no podremos evitar que esta enfermedad nos ataque a todos.

Olvidando que estaba oyendo la conversación sin permiso, la Princesa apareció en el umbral de la puerta y preguntó: ¿Qué se puede hacer para evitar esa enfermedad?

Sorprendidos por la repentina aparición de la Princesa, el mensajero y el Rey tardaron en reaccionar, pero luego de unos segundos el mensajero respondió a la pregunta de la Princesa.

-Hay que usar barbijos, y lavarse las manos con mucha frecuencia. Por ahora no se sabe nada: es una enfermedad extraña, totalmente nueva. El virus que la produce se llama Covid-19, y tiene la particularidad de transmitirse con mucha facilidad. Es por esto, precisamente, que es tan peligroso. En el resto del mundo están haciendo cuarentena, que es quedarse encerrados en las casas por cuarenta días.

-¡Pues eso haremos! -exclamó el Rey- ¡Haremos cupenterna!

-Cuarentena –lo corrigió el mensajero- y desde luego que debemos hacerla, si queremos impedir que llegue a nuestro hermoso reino.

“Hermoso y soso” pensó la Princesa.

-Se necesitan muchos médicos -continuó el mensajero- los hospitales de todo el mundo están llenándose cada vez más. –A la Princesa se le aceleró el corazón. ¡Tanto tiempo de estudio serviría para algo! Quizás podría ir a los hospitales para ayudar a la gente... Pero sería imposible, ya que su padre jamás la dejaría salir del reino.

-Muy bien –dijo de pronto el Rey- sin duda debemos diseñar un plan para contraatacar a este virus. Puedes retirarte, mensajero. Hija querida ¿por qué no vas a los jardines a recoger flores? Las violetas están preciosas.

La Princesa se retiró rápidamente, pero en vez de dirigirse a los jardines fue directamente a sus aposentos. Una vez allí, comenzó a hojear uno de los libros de medicina que había sacado de la biblioteca, y allí buscó uno de sus temas preferidos: las vacunas. Luego de leer un rato, le dio sueño, de forma que se recostó sobre su cama de dosel.

Si pudiera ayudar de alguna forma... Pensó con tristeza. De pronto, tuvo una idea. ¿Por qué no intentar crear la vacuna contra el Covid-19? Ella sabía de una curandera del pueblo que conocía todas las plantas curativas del mundo. ¿Por qué no hacerle una visita e investigar acerca de aquellas fascinantes plantas que los libros de medicina jamás mencionan?

Ya sin sueño y sintiéndose completamente despejada, la Princesa se levantó de un salto. Corriendo, se dirigió hacia la puerta de su habitación. La abrió de un tirón, y no paró de correr hasta que llegó a las puertas del palacio; una vez allí, simulando dirigirse a los jardines, caminó tranquilamente hasta el muro que protegía el castillo, y salió por la imponente puerta de hierro forjado. Una vez fuera del castillo, comenzó a correr nuevamente por el sendero que conducía a la aldea.

Cuando llegó a la casa de la curandera, golpeó la puerta, y ésta se abrió sola. Sin temor pero sorprendida, la Princesa miró la puerta y se dio cuenta de que no tenía traba, de modo que sus golpes la habían abierto. Entró a la cabaña. Estaba impecable, y había plantas en todos lados; sobre una mesa había un gran libro abierto.

Muerta de curiosidad, entró a la casa. Se acercó a la mesa, y vio que el que estaba sobre ella era ni más ni menos que el libro de plantas curativas del mundo. Dubitativa, la Princesa miró a su alrededor. No había nadie en la casa... No importaría si ella se llevara el libro... después de todo, lo necesitaba para ayudar a todo el mundo. Decidida, buscó un lápiz y papel en toda la cabaña, cuidando de no desordenar demasiado. Finalmente, los halló en un cajón. Tomó el lápiz y en el papel escribió: “Yo me llevé el libro, por favor mantenga el secreto. La Princesa”.

Luego, satisfecha, tomó el libro y se fue corriendo hasta el palacio.

Una vez allí, se dirigió directamente a su habitación. Se sentó en su escritorio y comenzó a leer cada una de las páginas del libro. Todas las plantas eran sumamente interesantes, pero ninguna era la que necesitaba. Era casi la medianoche cuando llegó a la última página. Ésta hablaba sobre una planta rarísima que sólo se encontraban en los bosques nevados de un reino muy lejano... Para el autor del libro, ya que el reino del que hablaba era precisamente el de la Princesa, y los bosques nevados estaban al lado del palacio. Siguió leyendo, y fue tan grata la sorpresa que se llevó que casi gritó de emoción: La planta que se mencionaba en el libro era utilizada por los antiguos habitantes de el reino para curar una enfermedad muy común en ese entonces llamada Corinivaris, que presentaba exactamente los mismos síntomas que el Covid-19.

Con esta extraña planta se hacía un jarabe que curaba de inmediato a todo aquel que lo tomaba. Eufórica, la Princesa cerró el libro, y corrió hasta los hermosos bosques nevados del reino, sin importarle que probablemente estaba despertando a todos en el palacio. Buscando como loca la planta cuya ilustración había visto en el libro, corrió por todo el bosque, y tropezó con una roca grande y blanca: un cuarzo. Precisamente el tipo de piedras bajo las cuales normalmente había... ¡Sí! Gritó, feliz como nunca. Recogió todas las plantas curativas y nuevamente corrió hacia el palacio, esta vez para dirigirse al laboratorio que tenía armado en la despensa. Allí comenzó a preparar el jarabe siguiendo cuidadosamente las instrucciones del libro, si descansar en toda la noche, hasta que por fin logró acabarlo.

Tres días después, prácticamente todo el mundo sabía ya lo que había hecho la Princesa de aquel lejano y pequeño reino, cómo había decidido crear una vacuna y había terminado redescubriendo un antiguo brebaje que salvaría al mundo. Finalmente, la Princesa era feliz.